

LA SANGRE DE
LAS PROMESAS

LITORAL

LA SANGRE DE LAS PROMESAS / 1

Idea original de Isabelle Leblanc y Wajdi Mouawad

*Nosotros no somos nada,
aquello que buscamos lo es todo.*

Hiperión, Friedrich Hölderlin

DEL ORIGEN DE LA ESCRITURA

En primer lugar, hubo un encuentro.

Isabelle Leblanc y yo, sentados en casa de Isabelle, en la cocina, con una botella de champán, porque hacía muchísimo que no hablábamos. Que no nos veíamos. Que no nos mirábamos.

Así que, en primer lugar, había una chica un poco harta de todo, sentada frente a un tipo un poco perdido. Y entre los dos (junto a la botella ya medio vacía), una gran sed de ideas, es decir, un deseo de salir, de escapar de un mundo que se empeñaba en hacernos creer que la inteligencia era una pérdida de tiempo; el pensamiento, un lujo; las ideas, un camino equivocado.

Así pues, allí estaban dos personas, una frente a otra, que tenían también una sed insaciable de infinito, esa sed que los perros de Lautréamont llevan bien dentro del gaznate.

Luego llegaron los actores y los diseñadores, los amigos, gente a la que queríamos, cuyo trabajo nos emocionaba y también se sentaron alrededor de una mesa. Se planteó una pregunta: «Ya está, hemos llegado a los treinta. ¿De qué tenemos miedo?». Y el reflexionar sobre esta pregunta, el intentar desarrollar un discurso, un pensamiento para poner nombre a lo que sucedía en nuestra alma, nos permitió poner el foco en varias cosas esenciales. Todos, sin excepción, hablamos de amor, de alegría, de pena, de dolor, de muerte. También nos dimos cuenta de que, si bien nos daba miedo amar, no nos daba miedo morir, solo teníamos miedo a la muerte si se trataba de la de nuestros padres, no teníamos tanto miedo a nues-

tra propia muerte como a la de aquellos que nos habían traído a la vida y nos habían guiado por ella; y esto no solo concernía a nuestros padres biológicos, sino también a nuestros padres dentro del mundo de la creación.

Durante esas conversaciones, leí *Edipo*, *Hamlet* y *El idiota* y empecé a imaginar una nueva obra tras ver lo que unía a esos tres gigantes. No solo los tres eran príncipes, (príncipe de Tebas, príncipe de Dinamarca y príncipe Mishkin), sino que además los tres tenían una relación particular con el padre. Uno mató al suyo, el otro tuvo que vengar el asesinato del suyo y el tercero jamás conoció al suyo. Bueno, me pareció claro que estos tres personajes, en cierto modo, contaban una historia de relevos. Mientras Edipo está en la ceguera, Mishkin, su opuesto, está en la pura clarividencia y Hamlet, que está en medio, se encuentra en un profundo cuestionamiento entre la consciencia y la inconsciencia. Y así es como nació la idea de crear una obra que llevaría a escena a un personaje que, tras perder a su padre, busca un lugar para enterrarlo. Durante la búsqueda, conoce a tres jóvenes que, para mí, son un reflejo de estos tres gigantes. Por otra parte, si Wilfrid refleja lo perdido que yo estaba, Simone refleja el hartazgo de Isabelle. Y para mí es significativo que el primer personaje real que Wilfrid conoce sea Simone, interpretado precisamente, en su estreno, por Isabelle. También es significativo que el personaje de Joséphine, cuya vocación es perpetuar la memoria de los vencidos, sea el último personaje que Wilfrid conoce. Pues si Wilfrid pertenece más a mi universo, y Simone al de Isabelle, Joséphine es la perfecta combinación de ambos: a Isabelle se le ocurrió la fabulosa idea de transportar las guías telefónicas, y yo le encontré su dramaturgia específica a través de la guerra y a través de la idea de convertir las guías telefónicas en el ancla que sujetaría al padre en el fondo del mar.

A partir de ese momento, el camino parecía claro: un hombre busca un lugar donde enterrar el cuerpo de su padre. Vuelve a la tierra de sus antepasados donde tendrá encuentros decisivos que le permiti-

rán encontrar la base de su existencia y de su identidad. Y entonces, la escritura se puso en marcha, sedienta, alucinada, solitaria.

Hoy quiero gritar bien alto mi agradecimiento a los actores y a los diseñadores que me siguieron en mis laberintos de autor y de director, con humor y rigor, con una generosidad entregando su tiempo que todavía hoy me enriquece.

Litoral nació pues, y antes que nada, de un encuentro y adquirió su significado gracias a los encuentros. Es decir, por esa terrible necesidad que sentimos de salir de nosotros mismos permitiendo que el otro irrumpa en nuestra vida y nos arranque del hastío existencial. El sentido de *Litoral*, además, nos permitió a Isabelle, a Lucie Janvier y a mí definir la vocación de la compañía Ô Parleur, anclándola, ante todo y definitivamente, en un teatro de la palabra.

Wajdi Mouawad